

## Desventuras, visiones y andanzas de un periodista aferrado a la tierra



### LA JUNGLA POLACA

Ryszard Kapuscinski.  
Anagrama. 204 páginas.  
15 euros.

En más de una ocasión tuvo que aclarar este empecinado y homérico polaco que los textos incluidos en este libro eran realmente reportajes y no relatos literarios. Esta era la gran habilidad del Kapuscinski. Sus reportajes eran –son– auténticas joyas literarias repletas de humanidad, de nostalgias, de vida. Sus protagonistas, como en casi todos sus libros, son las gentes de los pueblos, de las ciudades, de su Polonia profunda y natal en este caso: la jungla de un país entonces entristecido por las consecuencias de la brutal Segunda Guerra Mundial y la inoperancia, desmesura y criminalidad de unos gobernantes coléricos y embrutecidos. La jun-

gla de un país adormecido por el opio eclesiástico; un país ignorante, pobre y desfallecido. Esta era la selva en la que se adentró Ryszard Kapuscinski provisto de liviano armamento: unos blocs para tomar notas, un bolígrafo y una bondadosa perspicacia que escudriña y analiza todo aquello con lo que se encuentra en ciudades sucias que pelean por su industrialización; en pueblos teñidos de doloridos recuerdos de guerra; en aldeas paupérrimas donde la ingesta de algunas mondas de patatas hervidas constituye un festín gastronómico sin precedentes.

El discreto Kapuscinski, observa, habla con mesura, pregunta con timidez y apunta con delicadeza. Y con tales ingredientes conforma una excelente partitura donde se mezclan la tragedia, el drama, la tristeza, los sueños rotos, la penuria y la eterna esperanza de felicidad que adorna al género humano. Y de esa partitura surge una música literaria sin parangón dentro del periodismo. Una música que se encarga de adaptar a nuestro idioma una mujer que conoce como nadie al maestro-director: Agata Orzeszek, cuya sen-

sibilidad para captar el espíritu del autor sólo es comparable a la de éste mismo para captar aquello que ve y vive. ¿Qué sería de muchos de los excelentes escritores traducidos si no existiera este tipo de personas, como Orzeszek, pacientes, cultas y amantes lujuriosas de su trabajo?

Los protagonistas de los relatos periodísticos o de los reportajes literarios de Kapuscinski son aquí y allá gentes anónimas, hasta que el reportero los reclama con educada persistencia su nombre y su palabra. Y así desfilan impenitentes y blasfemos mineros deslomados de una región sumida en la desesperanza; implorantes campesinos hambrientos cuya recia naturaleza les impide desmayarse a causa de las malas cosechas y la subsiguiente hambre; famélicos niños encadenados a la más execrable de las miserias; valientes y tenaces madres que desconocen el desfallecimiento y mucho menos el descanso; curas buenos unos y otros malos, viejos algunos y no tanto otros, piadosos los menos y pobres casi todos; alcaldes analfabetos; desdentadas y sucias putillas de aldea y abúlicos soldaditos mamporreros.

El libro fue escrito en 1962 cuando el autor solamente tenía 30 años pero no desmerece, en absoluto, de cualquiera de sus magníficas obras de reportajes literarios publicadas con posterioridad. Después de algunos viajes por África y de publicar unas cuantas crónicas relativas al con-

tinente negro a alguno de sus avispados jefes se le ocurrió esta especie de castigo: viajar por su propio país, recorrer Polonia ya que, al parecer y en opinión de tan cualificado superior, Kapuscinski no había comprendido la esencia de los países africanos porque no había sido capaz de captar el auténtico espíritu marxista-leninista de aquella parte del mundo en aquella la época. Un razonamiento que hubiera resultado absolutamente sorprendente si se ignorase la cruda realidad que invadía en aquellos años a la sombría Polonia. El comunismo mandaba, por imperativo político, en las cabezas de los polacos y sus entristecidas almas vivían sometidas a la imperturbable enajenación de la Iglesia católica. Dos frentes, el sistema y la religión, en teoría enemigos pero que, impelidos por la conveniencia y el interés mutuo, convivían en celestial armonía.

Todos los relatos son intensos, vivos, penetrantes; en la mayoría de las ocasiones, dramáticos pero siempre con cabida para la esperanza. El primero de ellos, añadido en fecha posterior, pertenece al ámbito de la memoria –de las memorias–, del propio autor. Una memoria de niñez acongojada por el estrépito y el terror de una guerra, la segunda mundial, tan absurda y asesina como todas las demás. Recuerdos de bombardeos terríficos y recuerdos de un abuelo paralítico cuya inmovilidad le impide correr en busca de refugio, al contrario

que todos los demás, y ha de permanecer impávido e inerte expuesto al asesino bombardeo; una situación que, superada la emoción y el dramatismo del momento, parece extraída de una antología de humor negro.

La habilidad literaria de Kapuscinski le lleva a erigir como protagonista, en otro de sus relatos, a un joven minero muerto a causa de un fatal accidente. La sutileza expresiva y la convicción narrativa del periodista polaco inducen al desprevenido lector a pensar en el muerto como el protagonista, sí; pero un protagonista vivo. Hasta esto era capaz de hacer este polaco trotamundos en sus reportajes: dar vida a los muertos. Una lectura cómoda, intensa, placentera—como han de ser todas las lecturas—, y de una belleza incuestionable.

## Frente común contra la perniciosa influencia de la televisión



### **LA TELEVISIÓN ES MALA MAESTRA**

Karl Popper, Karol Wojtyła, John Condry y Charles Clark. Fondo de Cultura Económica. 106 páginas. Precio: 6 euros.

Hollywood fue demasiado para el comunismo. Su capacidad para evocar y estimular la imaginación pudo más

que todas las armas que apuntaban hacia el Muro de Berlín juntas. Más allá del telón de acero, los individuos quedaban fascinados por las posibilidades que ofrecía el capitalismo, sobre todo, por su alabada y supuesta libertad. Y su hermana pequeña, la televisión, no pudo ser menos. Los aparatos de rayos catódicos eran incluso más intrusivos y se podían instalar en los hogares inocentemente, bajo la apariencia de un simple entretenimiento. Sin embargo, contaban con una capacidad de influencia entonces insospechada. Poco a poco, modificaron las mentalidades de los ciudadanos sometidos a los regímenes comunistas, hasta que el sistema se derrumbó desde dentro.

Y si la televisión pudo infligir tal golpe al comunismo, ¿cuáles son sus efectos en una sociedad democrática? ¿Sirve sólo para alcanzar fines como los de expandir las libertades por el mundo? Semejante poder encerrado en las ondas requiere plantearse su uso. La televisión es una mala maestra es la conclusión a la que llega esta colección de cuatro ensayos escritos por otros tantos autores. El filósofo Karl Popper y el anterior jefe de la Iglesia Católica, Karol Wojtyła, coincidieron en apuntar las nefastas consecuencias que la pequeña pantalla tiene para la sociedad occidental, como si se tratase de una bomba de relojería implantada en el corazón del sistema. Pese a sus diferencias ideológicas, el uno es un liberal y el otro

un conservador religioso, ambos se unieron a los académicos John Condry y Charles Clark para esbozar los peligros que la televisión representa, en especial para la educación de los niños.

Hace 40 años, el fundador de la BBC, Lord Reith, escribió: “La combinación de una motivación para el servicio público, un sentido de la obligación moral, una financiación asegurada y la fuerza bruta del monopolio permitió a la BBC realizar una televisión que ningún otro país ha logrado”. Y cómo han cambiado las cosas. En la actualidad, se da una escasez de personal capaz y de recursos para poder realizar productos de calidad durante tantas horas. Para colmo, las condiciones laborales, los sueldos y el desprestigio de la carrera no contribuyen a atraer a las personas con más talento. Por si esto fuera poco, el factor más decisivo lo constituye la comercialización de los programas. Incluso las cadenas públicas se han lanzado a la caza y captura de la audiencia, lo que a su vez se traduce en publicidad y, por tanto, en beneficios. En esta carrera hacia el lodo por ganar televidentes, se persigue el impacto sobre todas las cosas. Y como lo que una vez tuvo enorme fuerza ya no la tiene porque los espectadores se han inmunizado, se cae cada vez más bajo. El sensacionalismo impera, con el perjudicial efecto de acostumar a las personas a buscar constantemente ma-

yores sensaciones y nuevas experiencias.

Y se fomenta mucho más que eso. Mediante la constante exposición a la tele, se moldean hábitos, gustos, actitudes, escalas de valores y, en última instancia, personalidades. El individuo sentado relajadamente en el sofá de su casa no es completamente consciente de esto, pero la máquina está actuando. Y lo hace desde edades muy pequeñas, impregnándolos cuando están más indefensos. En primer lugar, se produce la propagación del consumismo. La televisión induce a creer que la obtención de objetos puede dar sentido a la vida de alguien. Pero esto sólo conduce a una espiral consumista. Una vez se ha conseguido, se necesita una cosa nueva y así continúa el proceso. Gradualmente, adquirimos una visión distorsionada de la realidad. Todas las historias contadas por la tele se resuelven en un determinado espacio de tiempo. Se trata de la dictadura del presente. Pasado y futuro se diluyen para que prime la satisfacción inmediata. Vemos a un deportista triunfar, pero olvidamos sus horas de sacrificio y todos los que se quedaron en el camino intentándolo. Contemplamos el beso que da comienzo a una historia de amor, pero no se enseña el posterior día a día que requiere ese compromiso. Alcanzamos la utopía de la sociedad libre de dolores: ¿No se siente usted bien? Pues tómese un fármaco.

Entre las distorsiones más habitua-

les destaca la representación de la violencia. Ésta se muestra como una manera eficiente e indolora de solucionar problemas. No se instruye sobre el perdón y difícilmente se observan las perniciosas secuelas de la violencia. El bueno de la peli la usa, ¿por qué no la voy a emplear yo? Aunque quizás el valor inculcado con mayor fuerza sea uno con raíces bastante egoístas y muy mal entendido: en lugar de comunicar una felicidad fruto del esfuerzo, ésta suele presentarse como el resultado de satisfacer experiencias y sensaciones. Y no hay concepción de la felicidad más efímera que ésta.

En el campo de las responsabilidades cívicas, éstas son descuidadas. Absorbidos por la televisión, los niños se habitúan a ser sujetos pasivos, lo que degenera en una socialización defectuosa que crea ciudadanos poco comprometidos políticamente. Antaño, sin una televisión de por medio, los niños interactuaban más con sus mayores y en grupos. En estos tiempos no se intenta contextualizar al niño lo que recibe a través de la pantalla. A este respecto, cabe destacar un complemento ideal de estas ideas en *Sobre la televisión*, de Pierre Bordieu, donde el pensador reflexiona sobre los límites que los formatos televisivos imponen sobre un debate público saludable. De este modo, la televisión se ha convertido en una suerte de caballo de Troya introducido en todos los hogares. Para las empresas y

los partidos políticos, se trata de la mejor forma de entrar sutilmente en nuestras vidas. Tal y como cuentan la serie de documentales titulada *The century of the self*, se explota nuestra parte más subconsciente en beneficio de éstos. La sociedad democrática se ve entonces socavada en sus bases. Por no hablar de las consecuencias que estas imágenes tienen para los que las ven atrapados en sociedades más pobres. Las tensiones migratorias no han hecho más que empeorar.

Pero, ¿es todo tan negativo? Al fin y al cabo, la televisión únicamente es un instrumento en manos humanas que se puede controlar de un modo u otro. Popper sugiere que se establezcan órganos de autorregulación y licencias para trabajar en este medio. El empleo de patentes puede ayudarnos a atemperar lo malo y potenciar lo bueno. A veces las películas dan respuestas. En *Los lunes al sol* se explica cómo para los regímenes de la Europa del Este lo peor no fue que todo lo que contaban del comunismo fuese mentira, lo peor fue que todo lo que decían del capitalismo era verdad. Por la ventana del televisor se asoman las mentiras que nos gusta creer, con las que nos ilusionamos. Y siempre hay quien sabe aprovecharse de esto para vender algo. El pequeño monstruo está en casa y, al contrario de cómo sucede en las películas, no se encuentra en el sótano, sino que está a la vista de todos. Es uno más en la familia.

## Hasta la violencia de las batallas cuenta con su propia expresión



### **GUERRA Y LENGUAJE**

Adan Kovacsics.  
El Acantilado. 162 páginas.  
Precio: 15 euros.

La principal herramienta de un periodista es el lenguaje, que dista de ser perfecto. Esta obra de Adan Kovacsics trata sobre las imperfecciones que tanto proliferan en los medios. El autor, un estudioso de los escritores vieneses de principios de siglo, se adentra en la tortuosa relación que estos literatos y pensadores establecieron con el lenguaje. Tras la llegada de la modernidad, todo se pone en duda. Los presupuestos intelectuales procedentes de la ilustración son cuestionados. También el uso del idioma. A muchos de ellos se les antoja insuficiente. Según esta opinión bastante extendida en la época, los conceptos resultan demasiado simplificadoros y no logran abarcar nada. “Sólo está lo inmediato, que se puede diferenciar infinitamente, hasta un punto al que no llegan las palabras”, explica sucintamente Kovacsics.

Así, traza la evolución de este pensamiento entre numerosas mentes ilustres del momento en Viena. Como punto de partida se toma a Hugo

von Hofmannsthal, quien escribió: “Ojo con los hombres que hablan bien”. O por ejemplo, “en mi boca, sí, se vuelve mentira lo que verdad parecía en la mente”. Para este poeta, hasta el valor de los juicios emitidos en una charla doméstica se le hacen cuestionables.

Y tales afirmaciones no constituyen más que el reflejo de las ideas que pululaban con fuerza en esos círculos. Entre éstos destacó el filósofo Ernst Mach, que argumentó que el lenguaje cotidiano simplemente repite costumbres, esto es, formas de pensamiento corrientes. Sirve para designar las acciones del día a día. Otro contemporáneo, Fritz Mauthner, abundó en esta idea. Sostenía que nuestro conocimiento del mundo está distorsionado porque se produce a través de palabras muertas, que marchan por detrás de la realidad y sólo se emplean para conservar ciertas estructuras de poder en las relaciones interhumanas. Incluso la dedicación a la literatura crea una carencia, pues se escribe aquello que no se vive. En este contexto, el lenguaje ha sido descartado como vehículo del pensamiento. Para explicarlo, podemos tomar la contemplación de una obra de arte. A la hora de valorarla, las palabras que se nos ocurren nos ayudan a entenderla mejor. Es decir, gracias a ellas se aprecian nuevas pinceladas y características. Funciona así cuando un guía turístico desgrana las virtudes de una pieza

artística. Visto de esta forma, representa un medio para alcanzar el conocimiento, algo que ya se viene planteando desde Platón y su metáfora de la Caverna.

Sin embargo, tal y como narra Kovacsics en su fluida prosa, este cambio de mentalidad respecto al lenguaje propicia una revolución de desastrosas consecuencias. El lenguaje modifica su propósito. En manos de periodistas, políticos y similares, las palabras se instrumentalizan. Sucede como en un diálogo de Tirano Banderas en el que se dice a un gacetillero que no tiene ni de idea de periodismo: “Le falta escribir con intención política”, le espetan. Ya no se emplea el lenguaje como medio para alcanzar el conocimiento, sino que se utiliza para un fin determinado. De esta forma, el lenguaje entra en crisis y un orden se desmorona, concluye Kovacsics. Y así, recuerda a *La insoportable levedad del ser* de Milan Kundera. En esta novela, la palabra revolución significa algo muy diferente para dos personas. Él ha vivido una revolución y sabe lo sangrienta que puede llegar a ser. Para ella, la revolución denota algo bien distinto, adquiere la dimensión de la aventura, toma el sabor del riesgo. Y un salto muy parecido ocurre en la Viena anterior a la Gran Guerra. Dado que la modernidad es considerada un período insulso, los intelectuales del momento encuentran la emoción que les falta en la exaltación del conflicto.

El problema radica en que, para estos vieneses, la paz, al igual que el lenguaje, se encuentra vacía de contenidos; tan sólo significa la ausencia de conflicto. Por eso, un nutrido grupo de artistas europeos se apresuran entonces a cantar las virtudes de la guerra. En el campo de batalla surge el héroe, los hombres forjan su personalidad y dan lo mejor de sí. Ellos anhelan que, fruto de una convulsión, Europa despierte de un letargo creativo. En Viena, se cree que unos alemanes beligerantes salvarán la decadente cultura del continente. En este proceso, el lenguaje desempeña un papel especial, sobre todo una vez se ha metamorfoseado su finalidad. Ahora se convierte en una herramienta para la publicidad y la propaganda. O dicho de otro modo, se aprovecha este recurso para convencer al pueblo de las bondades de la guerra. Pero, ¿alguien debió haber plantado cara ante tamaña tropelía? Kovacsics describe la reacción de algunos de los hombres más brillantes de la época: se reduce al silencio, bien sea por estupefacción, bien por mantener una concepción demasiado elevada del lenguaje que les impidió descender a este debate.

En diversas formas, estos hombres se abstuvieron de entrar en la batalla dialéctica y quizás ésa sea una de las lecciones más importantes de este libro. A partir de ahí, las guerras se deciden entre bastidores. Los ciudadanos pueden manifestarse a favor

o en contra, pero desde las altas esferas se recurrirá al lenguaje manipulado para intentar dirigir las masas. Kovacsics cuenta cómo muchos escritores terminaron realizando labores publicitarias. Durante la primera Guerra Mundial, los corresponsales obtenían el trato de oficiales y sus crónicas eran filtradas y dirigidas por militares. Así empieza la mejor compilación de la historia del periodismo de guerra jamás hecha, *The First Casualty* de Philip Knightley: “En tiempos de guerra, la primera víctima es la verdad”. Y Kovacsics saca a colación un botón de muestra muy actual, la guerra de Iraq.

En conclusión, la sólida y apasionada argumentación de Kovacsics nos deja rendidos ante una incómoda evidencia. Los últimos coletazos del movimiento romántico en su forma más feroz desembocaron en dos guerras mundiales y nos dejaron con unos procesos en las tomas de decisiones todavía muy lejanos de lo que deberían ser en una democracia. Los políticos y periodistas se han apoderado del lenguaje público, que ya únicamente vale para el discurso político en la medida en que es propagandístico. No hay que marcharse a un conflicto muy lejos para observar esto. Tal realidad se plasma hoy en los debates televisivos radiofónicos de nuestro país. Si se conoce la trayectoria de un contertulio, éste rara vez sorprende con una opinión. Esto nada tiene que ver con un sentido de la coheren-

cia. Sus argumentaciones se basan en la fidelidad al partido del que son defensores acérrimos. A estos periodistas no les falta ni un ápice de la intención política. Ciertamente saben de periodismo.

## En pos de la inspiración y la belleza literaria a través de las drogas y el alcohol



### EL PARAÍSO DE LOS ESCRITORES EBRIOS

Marta Herrero Gil.

Amargord Ediciones. 121 páginas. Precio: 11 euros

El difunto Camilo José Cela dijo una vez que el genio literario era un 1% de inspiración y un 99% de espiración. Sin embargo, ¿qué hace que al escritor se le ocurra una palabra y no otra? El paraíso de los escritores ebrios, escrito por Marta Herrero Gil, pretende acercarnos a una mítica fuente de inspiración: las drogas. A finales del siglo XIX, el clasicismo literario parece haberlo dicho ya todo. La sensación es que poco se puede añadir a este legado. Así que las nuevas generaciones ansían nuevas fuentes de las que nutrirse y nuevas fronteras que traspasar. Incluso cabe buscar la belleza en algo feo. Entonces, los literatos modernistas creen tener en el alcohol y los estu-



pefacientes la gasolina que alimenta su poesía.

La novedad también reside en el cambio que experimenta la concepción del arte. Ya no se considera un instrumento político, religioso o aglutinador de la sociedad, sino que se transforma en un fin en sí mismo, en un medio para explorar las interioridades del artista. ¿Y qué encuentran éstos en su viaje hacia el interior de su alma? Se topan con la angustia vital. Su existencia es el problema al que no logran dar sentido. Quieren primero evitar el dolor físico, pero terminan encerrados en sí mismos con un drama mucho mayor. El dolor les apresa.

La autora, Marta Herrero Gil, argumenta que la ingesta de sustancias les brinda una oportunidad de escapar. Les permite amplificar sus sensaciones. Muchos modernistas pretendían refugiarse en sus ensoñaciones sobre Oriente o una vida entre los escritores franceses bautizados como los malditos. Todo vale con tal de negar ese yo que tanto les pesa. El poeta francés más admirado en este contexto, Baudelaire, llamó paraísos artificiales a estas situaciones creadas por la toma de drogas. Aunque el háchís realizase la percepción, esto se producía sin ningún esfuerzo, de forma que representaban un engaño, el cual además tenía un coste oculto a la larga.

Tal y como lo expuso Derrida, las drogas son un *pharmakon*, que en grie-

## República, periodismo y literatura

Javier Gutiérrez Palacios,  
992 páginas, 48 euros.

Cinco años de la historia de España (1931-1936) a través de los artículos de 68 autores. Entre ellos, Azorín, Baroja, Camba, Unamuno, D'Ors, Pérez de Ayala, Alberti o Cernuda.

**DE VENTA EN LA A.P.M.**

### República, periodismo y literatura

LA CUESTIÓN POLÍTICA EN EL  
PERIODISMO LITERARIO DURANTE  
LA SEGUNDA REPÚBLICA ESPAÑOLA



Javier Gutiérrez Palacio

tecnos

APM

go significa a la vez medicina y veneno. Mediante el uso de éstas nunca se acaba con el dolor, simplemente se pospone, queda diluido por un tiempo. Y cuando nada parece aplacar el sufrimiento, sólo la muerte aparece como el redentor. Por consiguiente, los efectos de las drogas han sido idealizados, como si constituyesen una fórmula de éxito asegurado para atraer a las musas. A este respecto, Herrero Gil realiza un apunte muy interesante: en esos momentos Freud todavía no había teorizado sobre el subconsciente. Una vez se propaga su teoría del psicoanálisis, algunos escritores ponen un freno al disfrute de estas sustancias, porque temen perder el control.

Hay que cuestionarse si realmente estas sustancias ayudan a los escritores a penetrar más adentro en el camino hacia el corazón de su alma. En este sentido, el libro recoge unas afirmaciones muy esclarecedoras de Alejandro Jodorowsky, quien sostiene que el consumo en un par de ocasiones abre los sentidos, aproximándonos a una experiencia casi mística o metafísica. Sin embargo, él también dice que no es recomendable evadirse y dejar de ser uno mismo: “No es bueno estar sedado todo el día”. “Basta una o dos veces para aprender. Si no, acaba creando un ejército de necios sensuales y perezosos que se sienten genios”, concluye Jodorowsky.

El abuso de las drogas castiga la

historia personal de estos literatos. En esa misma medida, define sus personalidades y, por tanto, sus obras. Pero lo más probable es que los efectos alucinógenos no tengan tanta fuerza creativa y hayan sido exagerados. En contra de lo que parece afirmar Herrero Gil, quizás el poder inspirador de los estupefacientes no sea suficiente para levantar una trayectoria literaria. Quizás los posos dejados por la educación y las experiencias no dopadas constituyan la fuente de inspiración más infalible.

Por ejemplo, Bukowski escribía borracho, pero seleccionaba, editaba y pulía sobrio. De 20 páginas que podía escribir así, tan sólo se quedaba con una, o a lo sumo dos. El resto del material terminaba en la papelera. Y Picasso decía que la inspiración se encuentra trabajando. Se exige sudar, realizar una *labor limae*, como decía Horacio. Aplicado a los periodistas, éstos se consumen más lentamente, en parte debido a que interiorizan su escritura mucho menos. Dados los horarios y el estrés, socializan de una manera endogámica en torno al alcohol. Y sus procesos de autodestrucción comienzan tras comprobar que se han insensibilizado ante la realidad que deben cubrir. Es una transformación gradual, lenta y dolorosa. Es la metamorfosis que sufre un periodista escéptico, el profesional saludable para la democracia, para convertirse en un periodista cínico, el profesional que ya sólo espira. ❖